

siguiendo el camino de Sens, en lugar del de Coulommiers; de este modo los papamoscas, pues los hay también en provincia, que os habrán visto pasar la víspera, no tendrán necesidad de volveros á ver al día siguiente; os hallais en la ópera á las diez, en lugar de á las ocho, lo cual es de mejor tono, y nadie podrá abrigar la menor sospecha.—En cuanto á mí, aprobado, dijo Morgan.—Aprobado, repitieron los otros tres jóvenes.

Sacó Morgan un reloj, cuya cadena relucía en su cintura; era una obra maestra de Petitot, brillando sobre la doble caja que la encerraba una cifra de diamantes. Echábase de ver el origen de aquella maravillosa alhaja, como se descubre al primer golpe de vista la pura raza del caballo árabe: habia sido trabajada por encargo de María Antonieta, para entregarla á la duquesa de Polastron, la cual la habia regalado á la madre de Morgan.

La una, dijo Morgan; vamos, amigos, á las tres tenemos que estar en Lagny.

Desde este momento empezó la expedición á las órdenes de Morgan, quien, sin consultar á sus compañeros, se limitaba á mandar. Lepretre, antiguo capitán de dragones, que en ausencia de Morgan hacia las veces de jefe, cuando este estaba presente, era el primero en obedecer. Media hora despues hallábase detenido en la barrera de Fontainebleau por el vigilante que pedía los pasaportes, un coche, en que iban cuatro jóvenes embozados en sus capas.

—Oh! vaya una ocurrencia, dijo uno de ellos sacando la cabeza por la portezuela, y afectando el acento gangoso que se habia hecho de moda. Desde cuándo se necesita pasaporte para llegar hasta Grosbois, á ver el ciudadano Baas? sois demasiado exigente, amigo mio! adelante, cochero!

Resonó el chasquido del látigo, pasando el coche sin mas dificultad.

## IV.

## En familia.

Dejemos á nuestros cuatro expedicionarios llegar á Lagny, donde con el auxilio de los pasaportes que debían á la complacencia de los dependientes del ciudadano Fouché, cambiaron sus caballos por otros de posta y su cochero por un postillon, y veamos por qué habia hecho el primer cónsul llamar á Roland.

Al separarse de Morgan, apresuróse Roland á presentarse á su general. Encontróle de pié y pensativo, delante de la chimenea. Al ruido que hizo Roland al entrar, levantó la cabeza el general Bonaparte.

—Qué diantre estabais hablando? preguntó Bonaparte sin preámbulos, fiado en la costumbre que tenía Roland de contestar á su pensamiento.—Despues de hacernos mil cumpli-

dos, nos hemos separado los mejores amigos del mundo.—Qué concepto te ha merecido?—El de un hombre perfectamente educado.—Qué edad le atribuyes? La mia á corta diferencia.—Sí, esto es; la voz es jóven. Ah! Roland! me habré tal vez equivocado! crece quizás una nueva generacion realista?—No, mi general, contestó Roland encogiéndose de hombros, son tan solo los restos de la antigua.—Pues bien, Roland, conviene crear otra, que sea adicta á mi hijo, si algun dia llego á tenerlo.

Hizo Roland un gesto, que podia traducirse por estas palabras:

—Yo no me opongo.

Comprendió perfectamente Bonaparte la significacion de aquel gesto, y se apresuró á contestar:

—No basta que no te opongas á mi idea; es preciso que contribuyas á su realizacion.

Un estremecimiento nervioso agitó todo el cuerpo de Roland.

—Y qué es preciso hacer para ello, general? preguntó.

—Casarte.

Soltó Roland una gran carcajada.

—Bravo! con mi aneurisma! exclamó. Bonaparte tenia en él fija su mirada.—Querido Roland, le dijo, tu aneurisma tiene todas las trazas de no ser otra cosa mas que un pretexto para mantenerte soltero.—Lo creéis así?—Sí, en verdad; y como soy hombre moral, estoy por el matrimonio.—Y desde

cuándo soy yo inmoral? contestó Roland; doy quizás algun escándalo con mis amoríos?—Augusto, repuso Bonaparte, promulgó algunas leyes contra los célibes, privándoles de los derechos de ciudadano romano.—Augusto?—Sí.—Pues bien; aguardaré á que seais Augusto; hasta ahora no sois mas que César.

Acercóse Bonaparte al jóven:

—Hay nombres, querido Roland, le dijo, poniéndole la mano en el hombro, que no quiero que se extingan, y uno de ellos es Montrevel.—No os apureis, general, pues aun cuando, por capricho, manía ó terquedad, rehuse yo perpetuarlo, no hay acaso mi hermano?—Cómo, tu hermano! tienes un hermano?—Sí, lo tengo; por qué no he de tenerlo?—Cuál es su edad?—Once, ó doce años.—Cómo no me has hablado nunca de él?—Porque he creido que poco podian interesaros las travesuras de un rapazuelo.—Te equivocas, Roland; á mí me interesa todo lo que atañe á mis amigos; es necesario pedirme algo para ese hermano.—Qué, general?—Su admision en un colegio de París.—Como teneis tantos pretendientes á vuestro alrededor, no he querido aumentar el número.—Oyes? es preciso que entre en algun colegio de París; cuando tenga la edad, le enviaremos á la escuela militar, ó á algun otro establecimiento que para entonces habré ya fundado.—A fe mia, general, contestó Roland, como si hubiese adivinado vuestras buenas intenciones hácia mi hermano, á estas horas está ya en camino para París.—Cómo es esto?—

Escribí hace tres dias á mi madre que trajese el niño, á fin de ponerle en algun colegio, sin hablaros de él hasta que tuviese la edad, suponiendo que antes no me hubiese llevado mi aneurisma. Pero en este caso.....—Qué contabas hacer en este caso?—Dejar un testamento dirigido á vuestro nombre, encomendándoos la madre, el hijo, la hija, en fin, toda la bahola.—Cómo la hija?—Sí, mi hermana.—Tienes pues una hermana?—Tambien.—Qué edad tiene?—Diez y siete años.—Es linda?—Hermosa.—Yo me encargo de su colocacion.

Echóse Roland á reir estrepitosamente.

—Qué tienes? le preguntó el primer cónsul.—Nada, general; voy á hacer poner un rótulo sobre la puerta principal del Luxemburgo.—Y qué dirá el rótulo?—Agencia matrimonial.—Vaya! si tú no quieres casarte, no es una razon para que tu hermana se mantenga soltera. Lo mismo me desagradan las dueñas, que los solterones.—No pretendo, general, que Amelia se mantenga soltera; bastante sensible es que un miembro de la familia de Montrevel no pueda en este particular complaceros.—Qué pretendes pues?—Que, si os parece bien, como el asunto le atañe tan directamente, podríamos antes consultar su voluntad.—Ah! ah! Hay tal vez de por medio algun amor de provincia?—Lo ignoro: al separarme de la pobre Amelia, estaba fresca y alegre, al volver la he encontrado pálida y triste. Yo sabré de su boca la causa de esta mudanza; y ya que quereis saberlo vos tambien, os lo contaré despues.—Corriente, á tu regreso de la Ven-

dee.—Ah! con qué voy á la Vendee?—Tendrás los mismos escrúpulos que para casarte?—Nada de esto.—Entonces vas á la Vendee!—Cuándo?—No corre prisa; con tal que salgas mañana por la mañana...—Perfectamente! antes si quereis; decidme á qué voy.—A un asunto de la mas alta importancia, Roland.—Diablo! supongo no será una comision diplomática.—Precisamente es á una comision diplomática, para la cual necesito un hombre que no sea diplomático.—No podiais elegir quien lo fuese menos, general; dadme únicamente instrucciones claras y precisas.—Voy á dártelas. Mira, ves este mapa?

Y señaló al jóven un gran mapa del Piamonte extendido en el suelo, é iluminado por una lámpara que pendia del techo.

—Sí, lo veo, contestó Roland, acostumbrado á seguir á su general en todas las súbitas transiciones propias de su genio; es un mapa del Piamonte.—Efectivamente, un mapa del Piamonte.—Ah! se trata pues de la Italia?—Es claro que de la Italia se trata.—Creía no obstante que me habiais hablado de la Vendee?—En segundo lugar.—Ah! general, no sea que me enviéis á la Vendee, mientras vos salís para Italia!—No, puedes estar tranquilo.—Enhorabuena! pero en tal caso, os advierto que desierto y voy á encontraros.—Tienes mi permiso; pero volvamos á hablar de Melas.—Dispensad, general, aun no hemos hablado de él.—Ya sé, pero hace mucho tiempo que está en mi pensamiento. Sabes dónde

voy á derrotar á Melas?—Pardiez!—Dónde?—Donde le encontréis.

Bonaparte se echó á reir.

—No, dijo con la mas íntima familiaridad. Inclinandóse luego sobre el mapa : mira, dijo á Roland.

Inclinóse tambien Roland sobre el mapa.

—Mira, le dijo, ahí es donde voy á derrotarle.—Cerca de Alejandría?—A dos ó tres leguas. Tiene en Alejandría sus almacenes, sus hospitales, la artillería y las reservas ; no querrá por lo tanto alejarse mucho. He de arriesgar un gran golpe, solo así podré conseguir la paz. Paso los Alpes, añadí señalando el San Bernardo, caigo sobre Melas cuando menos espera mi llegada, y le destrozo á campo raso.—Oh! no dudo sucederá todo como acabais de proponerlo.—Pero, como conoces, para que pueda irme tranquilo, Roland, nada de revueltas intestinas, es decir, nada de la Vendee á mis espaldas.—Ah! ya comprendo, la Vendee estorba vuestros planes y me enviáis para que la suprima!—Ese jóven me ha contado cosas muy graves de la Vendee. Hay en ella valientes soldados, dirigidos por jefes inteligentes, sobre todo, Jorge Cadoudal. Le he hecho ofrecer un regimiento, que estoy seguro que no querrá aceptar.—Peste! descontentadizo es el niño.—Pero hay una cosa que él ignora completamente.—Quién, Cadoudal?—Cadoudal. Es que el abate Bernier me ha hecho proposiciones.—El abate Bernier!—Sí.—Quién es el abate Bernier?—Es el hijo de un pobre diablo de

Anjou, que tendrá hoy de treinta y tres á treinta y cuatro años, que habia sido cura de Angers cuando la insurreccion, y negándose á prestar juramento, se puso á la cabeza de los insurrectos. Dos ó tres veces ha sido pacificada la Vendee, y otras tantas se la creia muerta. Se equivocaban empero ; la Vendee habia sido pacificada, pero el abate Bernier no habia firmado la paz ; la Vendee podia parecer muerta, pero el abate Bernier estaba vivo. Un dia fué con él ingrata la Vendee ; pretendia ser nombrado agente general de todos los ejércitos realistas del interior ; intervino Stofflet en la decision haciendo nombrar al Conde Colbert de Maulevrier, su antiguo jefe. A las diez de la mañana se separaban los que habian formado el consejo, nadie tenia noticia del abate Bernier. Lo que hizo durante aquella noche, Dios y él lo saben únicamente ; lo cierto es que á las cuatro de la madrugada un destacamento republicano rodeó la casa donde dormia Stofflet, desarmado y sin defensa. A las cuatro y media habia sido Stofflet hecho prisionero ; ocho dias despues era ejecutado en Angers. Al dia siguiente encargóse Autichamps del mando superior, y al instante, á fin de evitarse el mismo fin trágico que su predecesor Stofflet, nombró agente general al abate Bernier : comprendes?—Perfectamente.—Pues bien, el abate Bernier, agente general de una de las potencias beligerantes, autorizado con plenos poderes del conde de Artois, me ha hecho proposiciones.—A vos? á Bonaparte, primer cónsul, se digna él.... Sabeis bien que es el abate Bernier quién os las di-

rige? y aceptareis vos proposicion alguna del abate Bernier?  
 —Sí, Roland; con tal que la Vendee me dé la paz, yo volveré á abrir sus iglesias, y la restituiré sus clérigos.—Y si cantan el *Domine salvum fac regem?*—Vale mas que no cantar cosa alguna. Dios es todopoderoso y decidirá. Ahora que estás enterado, te gusta la comision?—Muchísimo.—Ya me lo presumia; ahí tienes una carta para el general Heudouville. El tratará con el abate Bernier como general en jefe del ejército del Oeste; pero tú asistirás á todas las conferencias: él no será mas que la palabra; tú serás mi pensamiento. Ahora parte lo mas antes posible; cuanto mas pronto salgas, mas pronto será derrotado Melas.—General, dadme tiempo para escribir á mi madre; es todo lo que os pido.—Dónde debe apearse?—En la fonda de Embajadores.—Cuándo te parece que llegará?—Estamos en la noche del 21 al 22 de enero, llegará pues el 23 por la noche, ó en la madrugada del 24.—Y se apeará en la fonda de Embajadores?—Sí, general.—Todo queda á mi cargo.—Cómo á vuestro cargo?—Es claro; tu madre no puede quedar en la fonda.—Dónde quereis pues que vaya?—A casa de algun amigo.—No tiene ninguno en París.—Dispensad, M. Roland, ella conoce muy bien al ciudadano Bonaparte, primer cónsul, y á Josefina su esposa.—No vayais á alojar á mi madre en el Luxemburgo, mi general; os advierto que esto la disgustaria sobremanera.—No, la alojaré en la calle de la Victoria.—Oh! general!—Vamos! vamos! es cosa resuelta, parte y vuelve lo mas pronto posible.

Tomó Roland la mano del primer cónsul para besársela, pero abriendo Bonaparte los brazos:

—Abrázame, querido Roland, le dijo, y buen viaje.

Dos horas despues, marchaba Roland en una silla de posta por la carretera de Orleans. Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, entraba en Nantes, despues de treinta horas de viaje.

## V.

### La diligencia de Génova.

Casi á la misma hora que entraba Roland en Nantes, parábase una diligencia en la venta de la Cruz de Oro, situada en la carretera de Chatillon-sur-Seine.

En aquella época tenian únicamente las diligencias dos divisiones, cupé é interior. La rotonda es una invencion moderna. Apenas hubo hecho alto la diligencia, echó el postillon pié á tierra y abrió las portezuelas, á fin de que se apeasen los viajeros. Componian estos, entre ambos sexos, un total de siete personas. En el interior, tres hombres, dos mujeres y un niño de teta. En el cupé una madre y su hijo. Los tres hombres del interior eran un médico de Troyes, un relojero de Ginebra, y un arquitecto de Bourg. De las dos mujeres, era la una doncella de servicio, que iba á reunirse con su